

## EL FIN Y LOS MEDIOS



**ALDOUS HUXLEY**

**EL FIN Y LOS MEDIOS**

**SOBRE LOS IDEALES Y LOS MÉTODOS  
EMPLEADOS PARA SU REALIZACIÓN**

Traducción de Antonio López

**PÁGINA INDÓMITA**

Título original: *Ends and Means: An Inquiry  
into the Nature of Ideals and into the Methods  
Employed for their Realization*

© Harper & Brothers Publishers, 1937, renovado  
por Transaction Publishers, 2012  
Traducción autorizada por Transaction Publishers,  
10 Corporate Place South, Suite 102, Piscataway,  
New Jersey 08854, EE UU  
© de la traducción, Antonio López  
© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.  
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona  
[www.paginaindomita.com](http://www.paginaindomita.com)

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiano  
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls  
Primera edición: mayo de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-944816-1-1  
Depósito legal: C-637-2016

## ÍNDICE

1. Metas, caminos y punto de partida contemporáneo	9
2. La naturaleza de la explicación	21
3. Eficacia y limitaciones de la reforma social a gran escala	27
4. La reforma social y la violencia	37
5. La sociedad planificada	45
6. La naturaleza del Estado moderno	73
7. La centralización y la descentralización	79
8. La descentralización y la autonomía	89
9. La guerra	111
La naturaleza de la guerra	111
Las causas de la guerra	117
10. El trabajo individual para la reforma	151

11. La desigualdad	187
12. La educación	203
13. Las prácticas religiosas	251
14. Las creencias	279
15. La ética	335

I  
METAS, CAMINOS Y PUNTO DE PARTIDA  
CONTEMPORÁNEO

En nuestra civilización existe, y ha existido durante casi treinta siglos, un consenso generalizado respecto a la meta ideal del esfuerzo humano. Desde Isaías hasta Karl Marx, los profetas han hablado con una sola voz. En la futura Edad de Oro que anhelan, habrá libertad, paz, justicia y amor fraternal. «No alzaré la espada una nación contra otra»; «el libre desarrollo de cada uno conducirá al libre desarrollo de todos»; «la tierra estará llena del conocimiento del Señor, tal como las aguas cubren el mar».

Con respecto a la meta, repito, existe y ha existido desde tiempo atrás un consenso general. No ocurre lo mismo con los caminos que conducen a dicha meta. En este terreno, la unanimidad y la certeza ceden su lugar a una confusión total, al choque de opiniones contradictorias que se sostienen dogmáticamente y se esgrimen con la violencia del fanatismo.

Algunos creen —y es esta una creencia muy popular en nuestros días— que la vía regia hacia un mundo mejor es el camino de las reformas económicas. Para otros, el atajo hacia Utopía consiste en la conquista militar y en la hegemonía de una nación determinada; y para algunos otros, en la revolución armada y la dictadura de clase.

Todos ellos piensan en términos de maquinaria social y de organización a gran escala. Mientras tanto, hay quienes encararan el problema desde el extremo opuesto, y creen que los cambios sociales deseables pueden alcanzarse de modo más efectivo mediante la transformación de los individuos que componen la sociedad. Entre los que así piensan, algunos depositan toda su fe en la educación, otros en el psicoanálisis, otros en el conductismo aplicado. Y hay otros que, al contrario, creen que ningún cambio deseable puede lograrse sin ayuda sobrenatural. Debe haber, dicen, un retorno a la religión. (Lamentablemente, no logran ponerse de acuerdo con respecto a cuál es la religión a la que retornar.)

Llegados a este punto, se hace indispensable decir algo sobre ese individuo ideal en el que desean transformarse (y transformar a los demás) estos partidarios del cambio. Cada época y cada clase han tenido su ideal. Las clases dominantes de Grecia idealizaron al hombre magnánimo, una especie de sabio y noble. Los chatrías de la antigua India y los nobles feudales de la Europa medieval sostuvieron el ideal del hombre cortés. El *honnête homme* hace su aparición como el ideal de los caballeros del siglo XVII; el *philosophe*, como el de sus descendientes del siglo XVIII. El XIX idealizó al hombre respetable. El XX ya ha sido testigo del auge y la caída del hombre liberal y de la aparición del hombre-rebaño y el líder semejante a un dios. Mientras tanto, los pobres y los pisoteados, con nostalgia, han soñado siempre con un hombre ideal bien alimentado, libre, feliz y no oprimido.

¿Cuál elegir entre esta pasmosa multiplicidad de ideales? La respuesta es que no elegiremos ninguno, ya que está claro que cada uno de estos ideales contradictorios es el fruto de circunstancias sociales particulares. Por su-



puesto que, hasta cierto punto, esto podría aplicarse a cualquier pensamiento o aspiración que jamás hayan sido formulados. Sin embargo, algunos son de manera manifiesta menos dependientes que otros de circunstancias sociales particulares. Y emerge aquí un hecho significativo: todos los ideales del comportamiento humano formulados por quienes tuvieron mayor éxito a la hora de liberarse de los prejuicios de su tiempo y su lugar se parecen singularmente. La liberación de las convenciones en el pensamiento, el sentimiento y la conducta se logra de forma más efectiva mediante la práctica de las virtudes desinteresadas y la comprensión directa de la verdadera naturaleza de la realidad última. (Tal discernimiento es un don inherente al individuo; pero, a pesar de ser inherente, no puede manifestarse por completo si antes no se han cumplido determinadas condiciones. Y la principal es, precisamente, la práctica de las virtudes desinteresadas.) El espíritu crítico es también, hasta cierto punto, una fuerza liberadora. Pero el modo en que empleamos la inteligencia depende de nuestra voluntad. Si dejamos al margen los campos no humanos de la tecnología, la ciencia o las matemáticas puras, lo cierto es que cuando la voluntad no es desinteresada el intelecto tiende a emplearse meramente como un instrumento para la racionalización de las pasiones y los prejuicios, para la justificación del interés propio. Esa es la razón por la cual, incluso entre los filósofos más sagaces, han sido muy pocos los que han conseguido liberarse de la estrecha prisión de su época y su país. Los hombres que han estado más cerca de la libertad han sido siempre aquellos que han combinado la virtud y el conocimiento.

Ahora bien, entre estos seres humanos más libres ha existido, durante las últimas ochenta o noventa generaciones, un consenso importante con respecto al individuo

ideal. Los hombres esclavizados han admirado distintos modelos de hombre; pero, en todos los tiempos y en todos los lugares, los hombres libres han hablado con una sola voz.

Es difícil encontrar una palabra que por sí sola describa adecuadamente al hombre ideal de los filósofos libres y los fundadores de las religiones. Tal vez *desapego* sea la mejor. El hombre ideal es el hombre desapegado; desapegado de sus sensaciones corporales y la lujuria; del afán de poder y las posesiones; desapegado de los objetos de estos diversos deseos; de la cólera y el odio; de los amores exclusivos; de las riquezas, la fama y la posición social. Desapegado incluso de la ciencia, el arte, la especulación y la filantropía. Sí, desapegado hasta de estas cosas, pues (al igual que el patriotismo en la frase de la enfermera Edith Cavell) «no bastan». En las enseñanzas de los filósofos y los fundadores de la religión, el desapego del yo y de las llamadas «cosas de este mundo» ha ido siempre unido al apego a una realidad última, una realidad mayor y más significativa que el yo; mayor y más importante incluso que las mejores cosas que pueda ofrecernos este mundo. Hablaré de la naturaleza de dicha realidad última en los capítulos finales de esta obra. Por ahora solo será necesario señalar que la ética del desapego ha estado siempre relacionada con cosmologías que afirman la existencia de una realidad espiritual que subyace al mundo de los fenómenos y que le confiere a este cualquier valor o significado que pueda poseer.

El desapego solo es negativo en cuanto término. Su práctica requiere el ejercicio de todas las virtudes. Implica, por ejemplo, la solidaridad, puesto que para la identificación del ser con una realidad superior, inmanente y trascendente, no hay más impedimentos que la cólera (o in-

cluso la «justa indignación») y la fría malicia. Implica coraje, ya que el temor solo es una dolorosa y obsesiva identificación del ser con su cuerpo. (El temor es sensualidad negativa, al igual que la pereza es malicia negativa.) Implica cultivar la inteligencia, porque la estupidez insensible es una de las principales causas de todos los demás vicios. Requiere la práctica de la generosidad y la actitud desinteresada, porque la avaricia y el amor a las posesiones obligan a sus víctimas a identificarse con meros objetos. Y así sucesivamente. Es innecesario extenderse más sobre el hecho, obvio para quien decida pensar sobre ello, de que el desapego impone a quienes están dispuestos a practicarlo la adopción de una actitud intensamente positiva hacia el mundo.

El ideal del desapego ha sido expuesto y predicado sistemáticamente en el transcurso de los últimos tres mil años. Lo encontramos (¡junto con todo lo demás!) en el hinduismo. Está en el corazón mismo de las enseñanzas de Buda. Lao Tse lo formula para los chinos. Algo más tarde, en Grecia, lo proclaman los estoicos, aunque con cierta mojigatería farisea. El Evangelio de Jesús es esencialmente un evangelio del desapego «de las cosas de este mundo» y del apego a Dios. A pesar de todas las aberraciones del cristianismo organizado —que van desde el más extravagante ascetismo hasta las formas más brutales de *realpolitik*—, no han faltado los filósofos cristianos que han reafirmado el ideal del desapego. Así, Johannes Tauler nos dice que «la libertad consiste en la pureza completa y el desapego que buscan lo Eterno; un ser aislado, un ser apartado, idéntico a Dios; enteramente apegado a Dios». El místico alemán «atraviesa las preocupaciones sin preocupación; no como lo haría un holgazán, sino con cierta prerrogativa de un espíritu libre, que no se apega en exceso a

criatura alguna». Podrían multiplicarse indefinidamente las citas. Mientras tanto, moralistas ajenos a la tradición cristiana han sostenido, con no menos insistencia que los cristianos, la necesidad del desapego. Por ejemplo, lo que Spinoza llama «dicha» es simplemente el estado de desapego; y cuando el autor habla de «servidumbre humana», se refiere a la condición de quien se identifica con sus deseos, emociones y procesos intelectuales, o con los objetos relacionados con estos en el mundo exterior.

El hombre desapegado, según la fraseología budista, es aquel que pone fin al dolor; y no solo al dolor propio, sino también, mediante el cese de toda actividad maliciosa y estúpida, al dolor que podría infligir a los demás. Es tanto el hombre feliz o dichoso como el hombre bueno.

Algunos moralistas —entre los cuales Nietzsche es el más celebrado y el marqués de Sade el más congruente— han negado el valor del desapego. Pero estos hombres son, de manera manifiesta, víctimas de su temperamento y de su ambiente social particular. Incapaces de practicar el desapego, son también incapaces de predicarlo; siendo ellos mismos esclavos, no pueden entender las ventajas de la libertad. Se hallan al margen de la gran tradición de las civilizadas filosofías asiática y europea. En la esfera del pensamiento ético, son excéntricos. Del mismo modo, las víctimas de circunstancias sociales particulares como Maquiavelo, Hegel y los filósofos contemporáneos del fascismo y del comunismo dictatorial son excéntricos en la esfera del pensamiento político.

Estos son, pues, los ideales que, para la sociedad y para el individuo, fueron formulados originalmente en Asia hace casi tres mil años, y que todavía aceptan quienes no han roto con la tradición de la civilización. ¿Cuáles son, con respecto a estos ideales, los hechos contemporáneos

relevantes? Pueden resumirse así: en lugar de marchar hacia la meta ideal, la mayor parte de los pueblos del mundo se aleja rápidamente de ella.

«El progreso verdadero», según el doctor R. R. Ma-rett, «es el progreso de la solidaridad; y todos los demás avances son secundarios». A lo largo de la historia conocida, el verdadero progreso se ha producido a trompicones. Periodos de avance de la solidaridad han alternado con periodos de regresión. El siglo XVIII fue una época de verdadero progreso. También lo fue la mayor parte del siglo XIX, a pesar de los horrores del industrialismo, o más bien gracias a la energía con la que los hombres de buena voluntad trataron de poner freno a dichos horrores. Nuestra época todavía es humanitaria a grandes rasgos, pero, en lo que a las cuestiones políticas de mayor calado se refiere, ha sido testigo de un claro retroceso de la solidaridad.

Así, los pensadores del siglo XVIII condenaron unánimemente el empleo de la tortura por parte del Estado. Sin embargo, en la Europa del siglo XX nos encontramos no solo con que la tortura es empleada gratuitamente por parte de los gobernantes, sino también con que hay teóricos dispuestos a justificar todas las atrocidades organizadas por el Estado, desde las palizas y la estigmatización hasta la guerra y la masacre total de las minorías. Otro síntoma significativo que resulta doloroso es la tranquilidad con la que el público del siglo XX reacciona ante los informes escritos e incluso ante las fotografías y las imágenes en movimiento de las matanzas y las atrocidades. Como excusa, tal vez pueda argumentarse que durante los últimos veinte años la gente ha tenido que tragar tal cúmulo de horrores que estos ya no despiertan la compasión hacia las víctimas ni la indignación contra los perpetradores. Pero el hecho es que la indiferencia continúa y, dado que nadie se preo-

cupa por los horrores, se cometen todavía más atrocidades.

Este retroceso de la solidaridad se halla estrechamente ligado a la disminución del aprecio que los hombres sienten por la verdad. En ningún momento de la historia se ha practicado la mentira organizada con tanto descaro o, gracias a la tecnología moderna, con tanta eficacia o a tan gran escala como la practican los dictadores políticos y económicos de este siglo. Gran parte de esta mentira organizada toma la forma de la propaganda que inculca el odio y la vanidad y prepara los ánimos de los hombres para la guerra. El principal objetivo de los que mienten es la supresión de los sentimientos y las conductas solidarios en el terreno de la política internacional.

Asimismo, ha de tenerse en cuenta que la solidaridad no podrá progresar hacia la universalidad sin que la cosmología predominante sea bien monoteísta o bien panteísta, sin que exista una creencia general en que «todos los hombres son hijos de Dios», o, como dicen en la India, «tú eres eso», «*tat tvam asi*». Los últimos cincuenta años han sido testigos de un gran retroceso desde el monoteísmo hacia la idolatría. La adoración de un Dios ha sido abandonada por la veneración de divinidades locales como la nación, la clase e incluso el individuo.

Este es el mundo en el que nos encontramos, un mundo que, juzgado según el único criterio aceptable de progreso, se encuentra en manifiesta regresión. El avance tecnológico es rápido. Pero sin un progreso de la solidaridad resulta inútil. En realidad, es peor que eso. El avance tecnológico nos ha suministrado medios más eficaces para retroceder.

¿Cómo podría detenerse y revertirse esta regresión de la solidaridad que estamos viviendo y de la que cada

uno de nosotros es en parte responsable? ¿Cómo podría convertirse la sociedad actual en la sociedad ideal que describieron los profetas? ¿Cómo podrían transformarse el típico hombre sensual y el excepcional (y de mayor peligro) hombre ambicioso en esos seres desapegados que son los únicos capaces de crear una sociedad mejor que la presente? Estas son las cuestiones a las que intentaré dar respuesta en este volumen.

Durante el proceso me veré obligado a tratar una gran variedad de temas, lo cual es inevitable, ya que las actividades humanas son complejas y lo que mueve a los hombres está sumamente entrelazado. Muchos escritores no toman suficientemente en cuenta esta diversidad de los pensamientos, opiniones, propósitos y actos de los hombres. Al haber simplificado en exceso el problema, prescriben soluciones excesivamente simples. Por eso he creído necesario anteponer a los argumentos principales de este libro una exposición de la naturaleza de la explicación. ¿Qué queremos decir cuando afirmamos que hemos «explicado» una situación compleja, cuando afirmamos que un acontecimiento es la causa de otro? A menos que conozcamos las respuestas a estas preguntas, nuestras explicaciones con respecto a la naturaleza y el tratamiento de los trastornos de la sociedad resultarán probablemente incompletas y unilaterales.

La naturaleza de la explicación nos lleva a concluir que la causalidad en los asuntos humanos es múltiple —es decir, que cualquier acontecimiento tiene varias causas—. De lo cual se sigue que no puede haber un único tratamiento para los males del cuerpo político. El remedio para los trastornos sociales debe buscarse simultáneamente en campos distintos. Por ello, en los capítulos que siguen, procederé a considerar los campos más importantes, co-

menzando por el político y el económico y siguiendo con el del comportamiento personal. En cada caso sugeriré la clase de transformaciones necesarias para que los hombres alcancen los fines ideales que afirman perseguir. Esto, incidentalmente, implicará un análisis de la relación entre el fin y los medios. Los buenos fines solo pueden lograrse usando los medios apropiados. El fin no puede justificar los medios, por la sencilla y obvia razón de que los medios empleados determinan la naturaleza del fin alcanzado.

Estos capítulos, desde el segundo hasta el duodécimo, constituyen una especie de libro práctico de cocina de la reforma. Contienen recetas políticas, económicas, educativas, para la organización de la industria, de colectividades locales, de asociaciones de personas que comparten objetivos determinados. También contienen, a título de advertencia, descripciones de lo que no debe hacerse, es decir, las recetas para no lograr los fines que uno profesa desear, para adormecer el idealismo, para empedrar el camino al infierno con buenas intenciones.

Este libro de cocina de la reforma culmina con el análisis de la relación entre las teorías y prácticas de los reformadores, por un lado, y la naturaleza del universo, por otro. ¿Qué clase de mundo es este en el que los hombres aspiran al bien y, sin embargo, realizan con tanta frecuencia el mal? ¿Qué sentido tiene? ¿Qué lugar le corresponde en él al hombre, y cómo están relacionados sus ideales, su sistema de valores, con el conjunto del universo? Trataré estas cuestiones en los últimos capítulos. Al «hombre práctico» le parecerán irrelevantes, pero en realidad no lo son, pues formulamos nuestras concepciones del bien y del mal bajo la luz de nuestras creencias acerca de la naturaleza última de la realidad; y bajo dicha luz trazamos el marco de nuestra conducta, no solo en la esfera privada, sino tam-



bién en los campos de la política y la economía. Así pues, lejos de ser irrelevantes, nuestras creencias metafísicas determinan finalmente todos nuestros actos. Es por ello que me ha parecido necesario cerrar mi libro de recetas de cocina con una discusión sobre los principios fundamentales. Estos tres últimos capítulos son los más significativos; incluso desde un punto de vista puramente práctico son los más importantes del libro.